
Giulio Azzolini. Investigador en filosofía política en la Università Ca' Foscari di Venezia y Junior Research Fellow de la Scuola Superiore per gli Studi avanzati en la Università di Roma La Sapienza. Después de su doctorado, completó sus estudios en el Istituto Italiano per gli Studi Storici (Napoli), en la École Normale Supérieure de Lyon y en el Istituto Italiano per gli Studi Filosofici (Napoli). Su investigación se centra en el análisis de los sistemas mundiales, las teorías de la globalización y la teoría de las élites. Ha publicado *Dopo le classi dirigenti. La metamorfosi delle oligarchie nell'età globale* (Laterza, 2017) y *Capitale, egemonia, sistema. Studio su Giovanni Arrighi* (Quodlibet, 2018).
Contacto: giulio.azzolini@unive.it

LA TEORÍA DE LAS ÉLITES Y LA LUCHA DE LA CLASE GLOBAL¹

Giulio Azzolini

Università Ca' Foscari di Venezia

ELITE THEORY AND THE GLOBAL CLASS STRUGGLE

Resumen

Al acabar la Guerra Fría y derrumbarse la Unión Soviética, se difundió la tesis de que había finalizado la época de la clase y, aún más, la lucha de clase. En este ensayo nos proponemos hacer algunas consideraciones sobre el problema que Luciano Gallino llamaba “la lucha de clase desde arriba”. El período histórico considerado es aquel que empezó en los años setenta del siglo XX como resultado de una voluntad política neoliberalista. La perspectiva científica empleada se relaciona con la teoría de la élite en sentido lato. En primer lugar, el ensayo intenta aclarar las ventajas que este enfoque podría facilitar a la hora de redefinir la cuestión general de la lucha de clase. En segundo lugar, se centra en las formas de subjetivación de las minorías organizadas en la “clase capitalista transnacional”. En tercer lugar, traza las principales formas de poder ejercidas por las minorías capitalistas organizadas, enfocándose sobre todo

1. Fecha de recepción: 4 de febrero 2019; fecha de aceptación 18 de febrero 2019. Este artículo es fruto de un proyecto de investigación desarrollando con el Dipartimento di Filosofia e Beni culturali - Università Ca' di Venezia.

en lo que Charles Lindblom definió “poder estructural”. Finalmente, muestra cómo y porqué el poder estructural es causa y efecto de la erosión de los “espacios políticos” que ordenaron el mundo moderno hasta los llamados “Treinta gloriosos”.

Palabras clave

Lucha de clase, teoría de la élite, clase capitalista transnacional, globalización, neo-liberalismo.

Abstract

After the end of the Cold War and the collapse of the Soviet Union, the thesis that the class age was over and, even more so, the class struggle has spread. In this essay I propose to make some considerations on the problem of what Luciano Gallino called “the class struggle from above”. The historical period taken in consideration is the one that began in the seventies of the twentieth century, as a result of a neoliberal political will. The scientific perspective adopted is connected with the elite theory, understood in a broad sense. The essay first of all attempts to clarify the advantages that such an approach could bring to a redefinition of the general question of the class struggle. Secondly, it focuses on the manners of subjectivation by the organized minorities within the “transnational capitalist class”. Thirdly, it illustrates the main forms of power exercised by the organized capitalist minorities, with particular attention to what Charles Lindblom called “structural power”. Finally, it shows how and why structural power is both cause and effect of the erosion of the “political spaces” that ordered the modern world, up to the so-called “Thirty glorious”.

Keywords

Class struggle, elite theory, transnational capitalist class, globalization, neoliberalism.

Al acabar la Guerra Fría y derrumbarse la Unión Soviética, se difundió la tesis de que había finalizado la época de las clases y, sobre todo, la lucha de clase. Una representación similar fue compartida por la derecha y la izquierda, por los medios de comunicación y la literatura científica (Pakulski, Waters, 1996; Kingston, 2000). A pesar de esto, y gracias a la reciente crisis económica y financiera, en los últimos años ha destacado una opinión contraria por la que no solo las clases existen, sino que siguen luchando entre sí. Desde este punto de vista, lejos de ser verdadera, la negación del conflicto de clase o su sustitución con las luchas para el reconocimiento identitario se ha interpretado como un instrumento ideológico dirigido a enmascarar la explotación del proletariado, o bien la creciente devaluación del trabajo, desde el punto de vista contractual y ocupacional (Wright, 2015; Žižek, 2016).

En este ensayo nos proponemos hacer algunas consideraciones sobre el problema de la “lucha de clase desde arriba” (Gallino, 2012; Sola, 2004), haciendo hincapié, sobre todo, en aquella parte de la historia mundial que empezó en los años setenta del siglo pasado sobre la base de una perspectiva científica que puede definirse *lato sensu* elitista. Tras aclarar las ventajas que este enfoque podría proporcionar a la redefinición de la cuestión general, examinaremos brevemente cómo se subjetivan las minorías organizadas en la “clase capitalista transnacional” (Sklair, 2001; Robinson, 2004), para luego explicar las formas principales de poder de las que estas se valen, con énfasis en el llamado “poder estructural” (Lindblom, 1977), causa y efecto de la erosión tendencial de los “espacios políticos” que ordenaron el mundo moderno, hasta los llamados “Treinta gloriosos” (Galli, 2001; Fourastié, 1979).

Quién lucha de verdad

Si el desarrollo de toda sociedad siempre ha estado caracterizado por la desigualdad, cambian las maneras como poco a poco esta se ha concebido. Antes de empezar, podría decirse que, en Occidente, las revoluciones burguesas influyeron negativamente en la división de la sociedad en *clases*. Dejando de lado la noción de *estrato* (que, al ser específica de la sociología funcionalista, pone más énfasis en la integración que en el conflicto social), *clase* y *élite* son dos de las palabras más empleadas para distinguir a los grupos de poder a partir del siglo XIX en adelante.

Es notorio que el término *clase* se halla sobre todo en las teorías que se inspiran en Karl Marx, pero pertenece también a las tradiciones que remiten a Max Weber, Émile

Durkheim y Pierre Bourdieu. Son autores muy diferentes entre sí, aunque todos coinciden en interpretar la historia de manera conflictiva y en considerar la desigualdad como una condición remediabile, a pesar del alto precio a pagar. En cambio, el término *élite* es preferido por las llamadas teorías teorías, compatibles tanto con la idea de integración como con aquella de conflicto social y tienden a vislumbrar en la desigualdad un fenómeno inevitable, prescindiendo de los auspicios de quienquiera.

Por lo general, en la teoría de las clases se entrevé una ideología progresista, igualitaria y democrática, mientras que en aquella de las élites –por el contrario– se vislumbra el residuo de una ideología conservadora, no igualitaria y no democrática. Si, por un lado, por mucho tiempo el clasismo pudo parecer un concepto que el progreso de la historia había arcaizado, por otro lado, alrededor de la idea de elitismo (o bien de elitismo democrático) siempre ha existido cierto halo de prejuicio o, por lo menos, de desconfianza (Sartori, 1987, pp. 156-163).

Este recelo es fácil de explicar. De Gaetano Mosca a Vilfredo Pareto y Max Weber, los clásicos de la teoría de las élites fueron intelectuales con orientación conservadora, que se oponían claramente a los partidos socialistas o comunistas y muy sospechosos hacia la plena afirmación de la democracia de masas. Esto no quita que sería un error reducir la teoría de las élites a pura ideología burguesa, y eso es aún más verdadero si se piensa en que esta nació claramente como antiideológica. Además, no hay que olvidar que las ideologías blanco de los elitistas no fueron solo la marxista y la democrática, las cuales cargaron con la responsabilidad, la una, de sobrestimar al proletariado y, la otra, a la misma ideología liberal, ofuscada por el mito de la división de los poderes.

Lejos de resumirse en la opinión política de sus primeros grandes intérpretes, la teoría de las élites es importante antes que todo por su contenido científico², y prueba de ello es que a su realismo no se sustrayeron –con resultados obviamente diferentes– autorizados intelectuales progresistas como Vladimir Lenin, Antonio Gramsci, Charles Wright Mills o el ya recordado Bourdieu.

¿Cuál es, muy brevemente, la principal lección elitista? El reconocimiento desapasionado del “hecho oligárquico” (Aron, 1969, pp. 50-52), es decir, de la regularidad por la cual cada sociedad –aunque gobernada de manera democrática– siempre e inevitablemente queda dividida en una minoría de mando y en una mayoría subordinada.

2. En una de las polémicas más productivas del marxismo europeo de la segunda parte del siglo XX, Nicos Poulantzas recriminaba, entre otros, a Ralph Miliband por valerse de la idea de élite para sus estudios sobre el Estado en la sociedad capitalista. Según Poulantzas (1969, p. 70), en lugar de comprometerse con aquel concepto, Miliband tendría que hacer “a critique of the ideological notion of elite in the light of the scientific concepts of Marxist theory”. El análisis más reciente de los clásicos del elitismo italiano en clave antiplutocrática es de Piano, 2019.

Desde este punto de vista, la oligarquía se considera etimológicamente el poder de pocos y no, según las acepciones prevalecientes en el mundo clásico, una forma política degenerada, o bien el gobierno de los ricos (Winters, 2011; Green, 2016). El “hecho oligárquico” (entendido en sentido descriptivo, y por ende aceptable por la derecha y la izquierda) indica simplemente la constante por la que el poder supremo queda ejercido por pocas personas.

Sobre la base de estas premisas, los elitistas han hecho muchos reparos a la teoría marxista de las clases, haciendo hincapié, sobre todo, en la repercusión del materialismo histórico y, más precisamente, en el determinismo economicista. Por ejemplo, en *Class and class conflict in industrial society* (1959), Ralf Dahrendorf polemiza contra el marxismo vulgar que individualizaba en el poder político un mero reflejo superestructural del poder económico. Además de sobrestimar la capacidad inclusiva de las instituciones liberal-democráticas³, Dahrendorf ofrece sin lugar a dudas una imagen demasiado simplificada de la teoría marxista la cual, para Domenico Losurdo (2013), puede y debe leerse en su predisposición a articular, además del conflicto entre proletariado y burguesía, también aquellos de raza y género.

Pero cabe subrayar que, aunque se ofrezca una visión no determinista y proteiforme de la lucha de clase, los elitistas seguirían teniendo otro recurso crítico. El tema –demasiado a menudo descuidado– atañe a lo que podría llamarse *teoría de la acción*. Para comprender lo que se está diciendo, cabe remitir a Eva Etzioni-Halevy y a las páginas de *The Elite Connection: Problems and Potential of Western Democracy* (1993):

Classes are important components of the structure of society. They are categories of socioeconomic inequality in it. They may become focuses of identification. Their members may have interests in common, and some may act in their name to promote what they consider those interests to be. Others may act to the detriment of those interests. But these actions cannot involve all, or even most people in each class, and so cannot involve the classes as entities. Hence this may be action for or against classes, but it is not action by classes, or class action. (Etzioni-Halevy, 1993, p. 36)

3. En los años sesenta, el elitismo pluralista de Dahrendorf fue muy criticado, entre otros, por dos importantes estudiosos de las clases, Bourdieu y Miliband. En *Les héritiers. Les étudiants et la culture* (escrito en 1964 con Jean-Claude Passeron), el sociólogo francés rechazaba la representación de la escuela pública como factor de movilidad social porque, al hacer hincapié en la “herencia cultural”, en realidad esta contribuiría a la reproducción de la estructura de clase. En *The State in Capitalist Society* (1969), el sociólogo inglés rehuía de la imagen del “Estado pluriclase”, y probó que la extracción social de la *noblesse d’État* (otra importante obra de Bourdieu) remitía a unas burguesías media y alta, muy enlazadas con el capitalismo empresarial.

En este pasaje no se niega la existencia de clases, ni su capacidad de estructurarse establemente. No se pone en tela de juicio la suposición de que estas puedan catalizar intereses diferentes, contrarios o nada menos que contradictorios. No se disminuye la importancia de las clases como sujetos colectivos en el interior de una sociedad. Simplemente se rechaza la idea de que las clases puedan considerarse *actores sociales* en sentido propio. Aprovechando la herencia de la tradición elitista, Etzioni-Halevy afirma que las clases nunca actúan como tales, no pueden actuar unitariamente. Las sustituyen siempre y solo las minorías organizadas. Si es así, se desprende que una lucha de clase propiamente dicha no se da, ni puede darse nunca, porque toda lucha de clase, en realidad, siempre y necesariamente está mediada por la intervención de grupos minoritarios.

La mayoría de los elitistas llega a sostener que, con el paso del tiempo, todas las minorías organizadas tienden inevitablemente a desarrollar intereses autónomos y, por lo general, opuestos a los de las clases desde las cuales proceden sus miembros. Esto es lo que exige la “ley férrea de la oligarquía”, elaborada por Robert Michels en su *Sociología del partido político* (1912). Sin embargo, no es necesario llegar a eso. Por ejemplo, los elitistas democráticos opinan que las élites políticas –seleccionadas desde abajo, plurales, competitivas y responsables– pueden actuar aspirando al interés de su propia *constituency* de referencia (Azzolini, 2016a). Y eso que, al releer el problema de la lucha de clase, cabe remarcar que la teoría de las élites enseña que los que luchan son siempre y sobre todo minorías organizadas con una autonomía más o menos relativa respecto de sus clases de referencia.

Ser capitalistas transnacionales

Leslie Sklair y William I. Robinson han afirmado que la globalización empezada en los años setenta del siglo XX es el resultado de un proyecto político impuesto por la única clase realmente global, al mismo tiempo capitalista y dominante. Como verdadero motor de la historia reciente, de esta dependerían los problemas actuales más graves, de la iniquidad distributiva a la contaminación ambiental. Al basarse en empresas transnacionales y, por ende, tendencialmente irresponsables hacia el ambiente en el cual se han establecido (Gallino, 2005), la nueva clase jugaría un papel decisivo a la hora de cambiar la estructura material de la economía planetaria. Recuérdense los rasgos esenciales de la “gran transformación” descrita por Robinson. En *Global Capitalism and the Crisis of Humanity* (2014), el sociólogo estadounidense escribe:

We have gone from a *world* economy, in which countries and regions were linked to each other via trade and financial flows in an integrated international market, to a *global* economy, in which nations are linked to each other more organically through the transnationalization of the production process, of finance, and of the circuits of capital accumulation. (p. 2)

No vale la pena examinar aquí las posiciones –que incluso se solapan– de los que más se comprometieron en definir una “clase capitalista transnacional” (Azzolini, 2016b; Robinson, Sprague, 2018); más vale profundizar en las modalidades de *subjetivación* de las minorías organizadas que, al compartir con la “clase capitalista transnacional”, actúan por lo general a su favor. Retomando la terminología elitista anterior, se trata de reflexionar sobre la declinación del “hecho oligárquico” en el ámbito económico. Cabe especificar que la elección de circunscribir el discurso al ámbito económico depende de la convicción de que es oportuno incluir en la nueva clase solo a los que, por su función, están obligados con las empresas transnacionales. Los que no tienen una posición precisa en el ámbito de las corporaciones industriales y financieras no están obligados a promover sus intereses⁴.

Las minorías capitalistas organizadas actualmente más relevantes remiten a tres figuras principales: los propietarios de las grandes empresas, sus gerentes y los gestores de fondos financieros. Estas figuras son importantes porque expresan al máximo nivel las lógicas peculiares de un sistema productivo y financiero en el cual, directa o indirectamente, ya está integrada la mayoría de la humanidad.

Ahora bien, lo que cabe destacar es que, en los últimos años, en Occidente y sobre todo en Europa, las minorías capitalistas organizadas han dejado de considerarse el componente particular, complementario al público, de clases dirigentes nacionales (Azzolini, 2017). Los que controlan a grandes empresas y fondos de inversión cada vez más conciben su identidad pública en términos de *grupos de presión*. ¿Pero cuáles son las implicaciones de esta específica subjetivación? ¿Qué horizonte de sentido presenta si se coteja con la fase internacional (en lugar de transnacional) del desarrollo capitalista, durante la cual el “hecho oligárquico” se declinaba en términos de *clases dirigentes*?

4. Aquí nos oponemos a Leslie Sklair, según el cual la globalización capitalista ha exigido la movilización de diferentes tipos de capital: político, organizacional, cultural y del conocimiento. Estos remiten a las cuatro partes por las que estaría compuesta la clase capitalista transnacional: los gerentes de las corporaciones transnacionales, sus afiliados locales (sector empresarial); los burócratas y los políticos (sector estatal); los profesionales (sector técnico); los comerciantes y los medios de comunicación (sector consumista). Además de Gallino, comparten esta opinión W. K. Carroll (2010) y K. van der Pijl (2012²).

Históricamente, la noción de clase dirigente se ha encarnado en una alianza entre los gerentes del sector público y aquellos del sector privado (aunque se trata de una alianza siempre posiblemente conflictiva y nada automática). De hecho, a ambas minorías organizadas se les estimulaba a promocionar la prosperidad de la economía doméstica. Pero cuando el interés de las oligarquías políticas –en su mayoría arrinconadas en una esfera pública nacional– se separa del interés de las oligarquías económicas, ya proyectado en una dimensión transnacional, lo que cambia necesariamente es la manera a través de la cual las dos oligarquías interactúan. Ya se ha dicho que las segundas se relacionan con las primeras por ser grupos de interés. De hecho, las oligarquías económicas interactúan con las políticas por medio de una “presión externa” para lograr *policies* fructuosas.

En el pasado, las clases dirigentes legitimaban su propia hegemonía persuadiendo a sus subalternos de que su objetivo era perseguir, de forma más o menos directa, el interés general, esto es, en última instancia nacional. En cambio, los grupos de interés transnacionales justifican su actividad en nombre de los intereses privados y particulares que representan. En esta transición, la Unión Europea se muestra más como un espacio de “despolitización” (Preterossi, 2011) que como un lugar de conflicto y compromiso entre intereses diferentes, públicos y privados, políticos y económicos, nacionales, internacionales y transnacionales.

Además, la edad global parece estar caracterizada por una progresiva desaparición de la burguesía. Mientras la noción de clase dirigente nació en un período de equivalencia tendencial entre clase capitalista y clase burguesa, en la actualidad –en la época de los grupos de interés– según los cánones de la tradición burguesa la clase capitalista ya no reivindica ni un compromiso directamente político, ni un papel civil, sino que se limita a ejercer una función específicamente económica o de renta. Tal y como escribe Franco Moretti (2013): “what has evaporated is the sense of bourgeois *legitimacy*: the idea of a ruling class that doesn’t just rule, but *deserves* to do so” (p. 20). Remitiendo al léxico gramsciano, podría decirse que hoy en día los grupos que integran la clase capitalista transnacional son dominantes, ya no hegemónicos o dirigentes.

También cabe recordar el motivo que agudizó el pasaje de clases dirigentes a grupos de interés, que se inserta en el pasaje de economía mundial a economía global y que se mezcla con la formación de una clase capitalista transnacional. El cuidado a los términos con los cuales se declina el “hecho oligárquico” no sirve para destacar una evolución del léxico académico y no aspira a representar una madurez alcanzada ni una supuesta objetividad de la ciencia social. Insistir en el pasaje de clase dirigentes

a grupos de interés se debe a la convicción de que esta es la manera principal para subjetivar a las minorías capitalistas organizadas. De ahí que describirlo sea una tentativa de reconstruir las categorías de los actores sociales, sabiendo que todo propósito de identificarse con estos quedaría ingenuo y torpe.

Luchar desde arriba

Si la lucha de clase se da sobre todo a través de la mediación de minorías organizadas y si, en la época global, la autognosis de las minorías capitalistas organizadas se define gracias a la idea de grupos de interés, ¿cómo se interpreta hoy la “lucha de clase desde arriba”? También en este caso es mejor no separar el nivel simbólico de aquel de los procesos materiales. Aunque en el espacio jurídico actual hay regímenes reguladores globales e instituciones públicas supranacionales diferentes (Cassese, 2012), cada más a menudo las corporaciones se consideran y perciben como verdaderos organismos soberanos (George, 2015). ¿Por qué? ¿Y cómo ejercerían su dominio las minorías capitalistas organizadas?

Los estudiosos suelen distinguir tres tipologías de poder que conciernen a los llamados “gigantes globales”: instrumental, discursivo y estructural (Fuchs, 2013; Wilks, 2013). Se trata de formas de poder distintas pero claramente enlazadas entre sí, y todas de alguna manera ancladas a la transformación de la estructura industrial del capitalismo global.

Los grupos de interés que integran la clase capitalista transnacional luchan antes que todo por medio del poder instrumental, e intentan someter las instituciones públicas a los intereses privados. Cuanto más se multiplican los niveles de gobernanza, más aumentan las actividades de *lobbying*, o sea las actividades de condicionamiento de las políticas públicas, que tienden a favorecer intereses determinados en detrimento de otros. Nada que objetar para la hortodoxia pluralista, a condición de que cada grupo de interés goce efectivamente de las mismas oportunidades de hacer valer sus propias instancias. Pero si las decisiones que se pretende condicionar se toman a nivel supranacional, las secuelas más lógicas son dos: en primer lugar, el aumento de la distancia entre un centro decisonal y los lugares en los que se forma la opinión pública favorece la opacidad del *lobbying*; en segundo lugar, el hecho de que los procesos de *decision-making* se organicen a escala supranacional de alguna manera obstaculiza el acceso a los grupos de interés más débiles y favorece a las empresas más grandes.

Es mucho más complicada la cuestión del poder cultural ejercido por la clase capitalista transnacional. Está claro que la cultura preeminente de la edad global es la *neoliberal*. Al ser doctrina político-económica y social al mismo tiempo, el neoliberalismo transmite un poder complejo, difícil de encasillar. Lejos de ser meramente material o distributivo, el poder neoliberal es relacional, mejor dicho performativo, esto es, capaz de imaginar y realizar un nuevo orden social.

¿A qué orden aspira el neoliberalismo? Este prevé una reconfiguración específica del papel social de Estados e individuos. El gasto público ya no sirve para garantizar un sistema de bienestar, sino que se emplea para acrecentar el nivel de la competencia en el mercado laboral. De ahí que se estimule a cada actor social a plasmar su propia identidad en términos empresariales, capitalizando su misma humanidad y deseando su propio oficio como ámbito de autorrealización.

Sin embargo, creemos que, dentro de las formas de poder vehiculadas por los grupos de interés que integran la clase capitalista transnacional, la más importante es la llamada estructural. Teorizado por Charles Lindblom en *Politics and Markets* (1977) y más veces estudiado (por último por Culpepper, 2015), el poder estructural depende de la asimetría entre el apego al territorio de los espacios políticos y el carácter desterritorializado de los grandes conglomerados económico-financieros que, haciendo hincapié en sus propios recursos, acaban condicionando fuertemente el debate político, pero sobre todo las políticas públicas. Es una forma de poder ya presente, *in nuce*, en el análisis de Antonio Gramsci (1975, pp. 1755-1756) acerca del contraste entre cosmopolitismo de la economía y nacionalismo de la política. Sin embargo, si el cosmopolitismo económico anterior a la Gran Guerra atañía sobre todo a lo comercial y financiero, tras el desmantelamiento del sistema de Bretton Woods lo que se convirtió en cosmopolita fue antes que todo la «esfera de la producción»⁵.

Luchar desde fuera

El ejercicio del poder estructural por parte de grupos de interés integrantes de la clase capitalista transnacional se cruza con la reestructuración de los espacios políticos en el interior de los cuales, a lo largo del siglo XX, el Occidente había alcanzado los mejores

5. Para evitar el vaivén que, en la historia del siglo XX, llevaría fatalmente la «primacía de la política» a la «primacía de la economía», cfr. Basosi (2006), el cual, además de fechar el origen del «viraje neoliberal» en los años de 1971 a 1973, también contextualiza la decisión de eliminar el sistema de Bretton Woods en el difícil momento histórico encabezado por Nixon.

resultados en términos de inclusión social. Hay por lo menos tres ejemplos de poder estructural que pueden contribuir razonablemente a reestructurar la estatualidad, sobre todo europea. Nos referimos a las prácticas de *rating*, *regime shopping* y *offshoring*, para nada marginales a la hora de plasmar el mundo contemporáneo.

Es notorio que a las agencias de *rating* se les solicita formular su juicio sobre la condición económica de los Estados. Ese juicio sirve para valorar el riesgo de que un Estado deudor no sea capaz, por varias razones, de reembolsar de forma puntual el crédito que le han garantizado los inversores. Al ser una función fundamental del “capitalismo financiero” (Gallino, 2011), el *rating* se ha empleado como un poderoso medio para condicionar la soberanía estatal; de hecho, uno de los criterios principales sobre la base de los cuales las agencias de *rating* han evaluado la solidez de un Estado ha sido la concordancia de sus políticas con los criterios de comportamiento dictados por las doctrinas neoliberales.

El enlace entre poder cultural y poder estructural se debía a que los *rating* pertenecían a un reducido oligopolio de agencias privadas, controladas por capitales de empresas financieras transnacionales y fondos especulativos. Esta condición contribuyó a violar aquella separación entre ‘dentro’ y ‘fuera’ en la que se fundamentaba el orden político moderno. Además, está claro que cuanto más aumenta la interdependencia planetaria, sobre todo a nivel financiero, más el ejercicio de la soberanía política en un determinado territorio quedará condicionado.

De ahí que se llegue al *regime shopping*, es decir, a la posibilidad de la que gozan las grandes empresas de dirigir las inversiones allí donde sea conveniente. *Ubi pecunia, ibi patria*. Y en el corto plazo, las condiciones del provecho son inversamente proporcionales al respeto del ambiente, humano y natural. Así las cosas, incluso frente a un escaso compromiso en las innovaciones tecnológica, mercadotécnica o estratégica, las empresas son estimuladas a dirigirse allí donde el derecho laboral, el *welfare state* y la tutela ecológica aparezcan carentes.

La relación de las empresas con los países de origen nunca ha sido imposible de cortar: el mercado lleva siendo desde siempre un no-lugar potencial. Sin embargo, entre los años setenta y ochenta del siglo pasado se dio una precisa voluntad política que, al inspirarse en la cultura neoliberal, actuó para ampliar desmedidamente la libertad de movimiento de los capitales⁶. Desde entonces, sobre todo en los años noventa y dos mil,

6. Para una lectura que identifica la liberación de los movimientos de capital y la voluntad política neoliberal que la apoyó como uno de los pilares del proceso de integración económica por como se define al abrigo del Tratado de Maastricht, firmado el 7 de febrero de 1992, cfr. Streeck, 1992, el cual también destaca los riesgos de un posible *regime shopping* en el espacio europeo.

un aumentado progreso tecnológico permitió a las industrias reestructurarse a escala transnacional. Sin movilidad de capitales y sin conectividad de la producción, el *regime shopping* no llegaría a ser el problema endémico que representa hoy.

De ahí que lleguemos al último rasgo del poder estructural en el que se quiere profundizar, es decir, el *offshoring*, esto es, la sustracción de una enorme cantidad de dinero a los impuestos estatales y su transferencia a países con especiales jurisdicciones secretas. Tal y como se ha ampliamente demostrado (Deneault, 2010; Urry, 2014), el *offshoring* es una de las estrategias principales a través de las cuales los grupos capitalistas transnacionales ponen a fruto su posición dominante.

Aunque por mucho tiempo se haya quedado en las discusiones entre peritos, el fenómeno del *offshore* involucra a la mayoría de las empresas más ricas del mundo. Es una práctica central en el proceso de globalización capitalista. Lo cierto es que el *offshoring* no es una protuberancia o una desviación criminal, sino una práctica totalmente coherente con la lógica que gobierna el capitalismo global.

Para corroborar el nexo entre poder cultural y poder estructural, algunos han apoyado claramente la difusión de los paraísos *offshore* al afirmar que, en nombre del principio de la competencia fiscal, los Estados más eficientes serían recompensados. Pero ha habido otras consecuencias. Se ha asistido a una competición a la baja en la que los Estados han perdido muchos recursos, desatendiendo la promesa de garantizar una efectiva igualdad de oportunidad a sus ciudadanos. Además, el aumento de la presión fiscal para los contribuyentes fieles también ha acrecentado una condición desigual, en la que quien tenía menos tuvo que pagar más.

Por todo esto, muchos opinan que ha llegado el momento de una nueva “lucha desde abajo”. A pesar de sus eventuales modalidades de subjetivación, esta última igual deberá ajustar cuentas con al menos dos elementos: por un lado, el riesgo de que las intenciones de «salir de la globalización» (Bello, 2002) sean veleidosas, porque la globalización –cuyas dinámicas son muy modificables– no es solo el resultado previsto de un proyecto político neoliberal, sino también el efecto inesperado de transformaciones tecnológicas y culturales no reversibles; por otro lado, sin dejar de lado el potencial emancipador ínsito en la globalización y en sus tecnologías y redes interculturales (Sklair, 2009), difícilmente este potencial logrará perjudicar la regla según la cual toda lucha de clase, sobre todo si contracorriente, exige la mediación de minorías organizadas (Dean, 2016).

Traducción del italiano de M. Colucciello

Referencias

- Aron, R. (1969). *Les désillusions du progrès. Essais sur la dialectique de la modernité*. Paris: Calmann-Lévy.
- Azzolini, G. (2016a). Les élites politiques et la démocratie. Perspectives théorico-politiques. *Le Philosophoire*, 46(2), 87-105.
- Azzolini, G. (2016b). Sur la nouvelle classe capitaliste, transnationale et dominante ? *Actuel Marx*, 60(2), 28-42.
- Azzolini, G. (2017). *Dopo le classi dirigenti. La metamorfosi delle oligarchie nell'età globale*. Roma-Bari: Laterza.
- Basosi, D. (2006). *Il governo del dollaro. Interdipendenza economica e potere statunitense negli anni di Richard Nixon (1969-1973)*. Firenze: Edizioni Polistampa.
- Bello, W. (2002). *Deglobalization: Ideas for a New World Economy*. New York-London: Zed Books.
- Bourdieu, P., Passeron, J.-C. (1964). *Les héritiers. Les étudiants et la culture*. Paris: Minuit.
- Carroll, W.K. (2010). *The Making of a Transnational Capitalist Class. Corporate Power in the Twentyfirst Century*. New York-London: Zed Books.
- Cassese, S. (2012). *The global polity: global dimensions of democracy and the rule of law*. Sevilla: Global Law Press.
- Culpepper, P. D. (2015). *Structural power and political science in the post-crisis era. Business and Politics*, 17(3), 391-409.
- Dahrendorf, R. (1959). *Class and class conflict in industrial society*. London: Stanford University Press.
- Dean, J. (2016). *Crowds and Party*. London-New York: Verso.
- Deneault, A. (2010). *Offshore. Paradis fiscaux et souveraineté criminelle*. Paris: La Fabrique.
- Etzioni-Halevy, E. (1993). *The Elite Connection: Problems and Potential of Western Democracy*. Cambridge: Polity.
- Fourastié, J. (1979). *Les Trente Glorieuses, ou la révolution invisible de 1946 à 1975*. Paris: Fayard.
- Fuchs, D. (2013). *Theorizing the Power of Global Companies*. En J. Mikler (Ed.), *The Handbook of Global Companies* (pp. 77-95). Oxford: Wiley-Blackwell.
- Galli, C. (2001). *Spazi politici. L'età moderna e l'età globale*. Bologna: il Mulino.
- Gallino, L. (2005). *L'impresa irresponsabile*. Torino: Einaudi.

- Gallino, L. (2011). *Finanzcapitalismo. La civiltà del denaro in crisi*. Torino: Einaudi.
- Gallino, L. (2012). *La lotta di classe dopo la lotta di classe*, entrevista al cuidado de P. Borgna. Roma-Bari: Laterza.
- George, S. (2015). *Shadow Sovereigns: How Global Corporations are Seizing Power*. Cambridge: Polity.
- Gramsci, A. (1975). *Quaderni del carcere*, ed. crítica del Instituto Gramsci, al cuidado de V. Gerratana. Torino: Einaudi.
- Green, J. E. (2016). Liberalism and the Problem of Plutocracy, *Constellations*, 23(1), 84-95.
- Kingston, P. W. (2000). *The Classless Society*. London: Stanford University Press.
- Lindblom, C.E. (1977). *Politics and Markets: The World's Political Economic Systems*. New York: Basic Books.
- Losurdo, D. (2013). *La lotta di classe. Una storia politica e filosofica*. Roma-Bari: Laterza.
- Miliband, R. (1969). *The State in Capitalist Society*. New York: Basic Books.
- Pakulski, J., Waters, M. (1996). *The Death of Class*. London: Sage.
- Piano, N. (2019). Revisiting Democratic Elitism: The Italian School of Elitism, American Political Science, and the Problem of Plutocracy. *The Journal of Politics*, 81(2), 524-538.
- Pijl, K. van der (2012²). *The Making of an Atlantic Ruling Class*. London: Verso.
- Poulantzas, N. (1969). The Problem of the Capitalist State. *New Left Review*, 58(1), 67-78.
- Preterossi, G. (2011). *La politica negata*. Roma-Bari: Laterza.
- Robinson, W. I. (2004). *A Theory of Global Capitalism: Production, Class, and State in a Transnational World*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Robinson, W. I. (2014). *Global Capitalism and the Crisis of Humanity*. New York: Cambridge University Press.
- Robinson, W. I., Sprague, J. (2018), *The Transnational Capitalist Class*, en M. Juergensmeyer, M. B. Steger, S. Sassen, V. Faessel (eds.), *Oxford Handbook of Global Studies* (pp. 309-327). Oxford: Oxford University Press.
- Sartori, G. (1987). *The Theory of Democracy Revisited, I: The contemporary debate*. Chatham, N.J.: Chatham House.
- Sklair, L. (2001). *The Transnational Capitalist Class*. Oxford: Wiley-Blackwell.
- Sklair, L. (2009). The Emancipatory Potential of Generic Globalization. *Globalizations*, 6(4), 525-539.

- Sola, G. (2004). 'Verticale' e 'orizzontale' in politica e in scienza politica, en B. Consarelli (ed.), *Metafore dello spazio. "Figure dello spazio, politica e società"* - Firenze, 4 aprile 2003 (pp. 97-114). Firenze: Firenze University Press.
- Streeck, W. (1992). National Diversity, Regime Competition and Institutional Deadlock: Problems in Forming a European Industrial Relations System. *Journal of Public Policy*, 12(4), 301-330.
- Urry, J. (2014). *Offshoring*. Cambridge: Polity.
- Wilks, S. (2013). *The Political Power of the Business Corporation*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Winters, J. A. (2011). *Oligarchy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wright, E. O. (2015). *Understanding Class*. London-New York: Verso.
- Žižek, S. (2016). *Against the Double Blackmail: Refugees, Terror and Other Troubles with the Neighbours*. London: Allen Lane.